

dolos tota die meditabantur: (a) Los que examinaban mi vida pasada, é interpretaban maliciosamente mis presentes humillaciones decian de mi mil cosas vanas, y todos los dias me armaban lazos, & *qui retribuunt mala pro bonis detrahebant mihi, quoniam sequebar bonitatem*: (b) Aquellos mismos á quienes, yo havia favorecido, me herian con las agudas saetas de sus lenguas envenenadas, porque entraba en los caminos del Señor, y comenzaba á ser bueno. Aun quando el Propheta no lo huviera dicho, San Pablo nos lo enseña, pues escribiendo á Timotheo, declara que todos los que quieren vivir en la piedad, conforme á las reglas de Jesu-Christo serán expuestos al rigor, y á la injusticia del mundo: *Omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur*: (c) Y aun quando San Pablo no nos huviera enseñado esta verdad, ¿el mismo Jesu-Christo no ha establecido como un principio de su Religion, esta oposicion formal del mundo, y de él mismo, de su espiritu, y de su sabiduría con el espiritu del siglo, y la prudencia de la carne?

Ya sabeis vosotros, Señores, que yo no hablo aqui de una persecucion violenta, ni de una tiránica oposicion á la Fè, y á la Religion de Jesu-Christo. No lo permita Dios: vivimos bajo de unos Reyes, donde no solamente es libre, sino tambien necesario el ser Christianos, que ponen con respeto, ò su corona al pie de la Cruz, ó la Cruz sobre su Corona; y que con el exemplo de un culto sincero, y Religioso, que ellos mismos dan, protegen la Religion, quando se la oprime, y castigan la impiedad quando se desenfrena. Yo hablo de una persecucion menos cruel en la apariencia, pero no menos eficaz, que el mundo hace todos los dias á los que comienzan á convertirse á Dios: que un hombre despues de largas reflexiones sobre su vida pasada, venga á retirarse del juego, de las compañías, y aun de los mismos empleos, en donde sabe por su propria experiencia, que

(a) Psalm. 37. v. 13.

(b) Ibid. v. 21.

(c) 2. ad Timor. cap. 3. v. 12.

que expone su salvacion; que distribuya sus bienes á los pobres, y que asista con mas frecuencia, y con mas atencion á los Sagrados Mysterios; que una Señora, estando aún en la flor de su edad, renuncie el luxo, y la vanidad, y se reduzca á las reglas de la modestia christiana; que visite los Hospitales, y las Iglesias; de nada la sirve, buscarse los motivos de esta mudanza, y siempre se discurren los menos caritativos; daseles, en quanto se puede, un ayre ridiculo á estas conversiones, y se las desacredita, haciendolas pasar, ó por apariencias engañosas, ó por excesos vituperables, ó por precisiones interesadas, ó por fanfarronas singularidades: ¡Quantas acciones de piedad se han quedado sin efecto en el espiritu de los que las havian resuelto! ¡Quantas nuevas penitencias han sido sofocadas! ¡Quantas almas han sido como arrancadas á Jesu-Christo por estos disgustos que se las ha dado! Acaso, Señores, vosotros no hareis reflexion en ello; pero nada hay tan indigno de un Christiano, como estas inhumanas reprehensiones, y estas satyras picantes, que caen sobre conversiones todavia mal aseguradas; poco mas, ó menos como aquellos frios, y aquellas he-ladas, fuera de tiempo, que asaltando á los frutos aun tiernos, y pequeñitos, les quitan toda esperanza de crecer, y madurar. Dios os pedirá cuenta de la sangre de vuestros hermanos, si los retirais de caminar ácia él; vosotros os escandalizais de Jesu-Christo, y Jesu-Christo se escandalizará de vosotros.

Si la malignidad de estos es grande, quan injusta es la cobardía de aquellos, que por temor de las novedades, y de los frivolos juicios de los hombres, abandonan, ó no se atreven á cumplir los propositos que han hecho de servir á Dios. Yo quiero por medio de convincentes consideraciones desengañaros, si puedo, de ese falso pudor, que á manera de aquel Dragon de que se habla en el Apocalypsi, está siempre pronto á *devorar los hijos de la luz, luego que comienzan á nacer*. (a)

Di-

(a) Apoc. 12. v. 4.

Digo, pues, que no hay cosa tan contraria al espíritu del Christianismo como gobernarse por las máximas, por las opiniones, y los juicios de los hombres del Mundo. San Pablo declara, que él por nada los cuenta: *Mibi enim pro minimo est, ut á vobis judicer;* (a) y los mira como enteramente opuestos al Espíritu de Dios, creyendo que es incompatible ser siervo de Jesu-Christo, y agradar á los hombres: *Si hominibus placerem, Christi servus non essem.* (b) La razón es, porque cada uno juzga según sus afectos, y teniendo los pecadores el corazón lleno de los funestos ardores de sus codicias, discurren conforme á sus pasiones, y no según las reglas de la justicia. Fuera de que hallándose metidos en el tropel, y en el tumulto del Mundo, y siguiendo más la costumbre que la verdad, estiman, ó aprecian las cosas por la impresión que hace sobre ellos el uso, y la preocupación, y no las luces sobrenaturales, y las razones superiores de la Fé. Por esto no hay que atenerse á los discursos, ni á las opiniones de los hombres. Si aprueban vuestra conversión, alabad á Dios, no por el placer que os dan de aprobaros, sino por la gracia que les hace de juzgar sanamente de su Religión; si la reprueban, alabadle también; pues es grande señal que vuestra vida es cristiana, quando desagrada al Mundo, según aquellas palabras del Evangelio: *Si de mundo essetis, mundus quod sumit est, diligeret.* (c)

Pero si abandonais vuestras obligaciones, ó si gustais mejor morir en vuestros desórdenes, que dar que decir al público por una mudanza de conducta; ¿qué se puede pensar de vosotros sino que ni teneis fé, ni juicio, puesto que mirais más á vuestro reposo, que á vuestra salvación, y que quereis más ser condenado de Dios, que ser murmurado de los hombres? ¡Oh, y quantos Christianos se hallan en este infeliz estado! Llamados por la gracia, contenidos por el pudor,

(a) 1. Cor. 4. v. 3. - (b) Gal. 1. v. 10.

(c) Joann. c. 15. v. 19.

excitados por los remordimientos de su conciencia, asustados por el ruido que hacen los pecadores, siempre queriendo ser buenos, y jamás atreviéndose á desagradar á los malos. Reducido el hombre del siglo á estos dos extremos, dice para consigo mismo, ¿y qué se dirá, si yo hago penitencia? ¿Y qué excusa tengo, para no hacerla? ¿Qué diré á Dios, si no me acojo á algun retiro? ¿Qué dirán mis amigos, si los dejo? ¿Qué dirá el Mundo, si no me vengo? ¿Qué dirá Dios, si no perdono? Pero deliberan como si el partido fuese igual; y las más veces sin deliberar se determinan á continuar viviendo en sus desórdenes, temiendo no atraerse murmuraciones, recusando de este modo á su Juez invisible que puede salvarlos, ó perderlos por la eternidad, por unos Jueces visibles de quienes no pueden aguardar sino vanas alabanzas, ó satyras aun todavía más vanas. ¿Y no es esto invertir todo el orden, y por una sacrilega profanación poner á Dios en lugar de los hombres, y á los hombres en lugar de Dios?

La causa de esta perversidad proviene del poder que se ha adquirido la costumbre, y el uso sobre el espíritu de los hombres, y de la poca violencia que se hacen por despojarse de las preocupaciones de que están imbuidos desde su infancia: Hallanse estimulados del tropel, y como atropellados del número de los que se engañan. Juzgase hacer injuria á tantas gentes, querer ser más sabios que ellos. Sabese lo que la Escritura advierte, de que sola la vista de un hombre de bien es insoportable á los impíos, porque su vida no se asemeja á la suya, y porque sus acciones son diferentes. De aquí se concluye, que no conviene salir del camino ancho, aunque lleve á la muerte, y habría cierta especie de orgullo en no seguir lo que hacen los demás. Infeliz de tí, torrente de la mala costumbre de los hombres, decía en otro tiempo San Agustín, (a) ¿quién te podrá resistir? ¿Hasta quando tendrás la libertad de estenderte? ¿Quando será el

(a) Lib. 1. Conf. cap. 16.

tiempo en que se agoten tus aguas? ¿Hasta quando has de arrastrar à los hijos de Adán en este vasto, y espantoso mar del Mundo, y aun aquellos mismos que se acogen à los mas seguros, y mejor gobernados navios, apenas podrán pasar, sino con trabajo, y peligro?

Y asi, Señores, un error, ó por mejor decir, el origen de muchos errores es el abandonarse à lo que hace, ó à lo que piensa la multitud. Es necesario vivir, decís vosotros, como viven otros muchos; ¿pues por qué no se ha de vivir mucho mejor, como prescribe el Evangelio? ¿Por qué segun la costumbre, y no segun la verdad? ¿Qué prescripcion replicais contra la Ley de Jesu-Christo? ¿Pero qué otros me alegais vosotros? Sino unas gentes vacilantes en su fé, desordenados en sus costumbres, injustos en sus opiniones, que están ocupados de lo presente, y no hacen ninguna reflexion de lo venidero; que prefieren à la vida eterna deleytes pasajeros, y que se sostienen por el numero, por el credito, y por el atrevimiento, no por la razon, por la sabiduría, y por la virtud. En los tiempos bienaventurados en que todos los Discipulos de Jesu-Christo no tenian sino un corazon, y una alma, en que era una singularidad espantosa el ver à un Christiano avaro, sobervio, ó ambicioso, y en que no se hablaba sino de pobreza, de abstinencia, de martyrio, era razon el portarse, y arreglarse segun los otros. Pero oy dia que no queda casi ni fervor, ni piedad, que no se vé por todas partes sino tibieza, infidelidad, y pasiones; y que es una cosa singular que admira, ver à un Christiano que quiere vivir un poco christianamente, que trata de seguir los Mandamientos, y los exemplos de Jesu-Christo, y menospreciar la conducta, y los juicios de una multitud ciega, que no trabaja sino para impedirnos de hacer el bien.

Pero quiero, Señores, que penseis en agradar à los hombres. Pues arreglaos sobre sus juicios, puesto que haceis tanto caso de ellos, y no desprecieis una reputacion que os estan amable. No temais, que quiera yo aqui acomodar à Dios con el Mundo, y al orgullo con la Religion. Si parece que condesciendo algo con la debilidad es para inspirarle mayor per-

perfeccion, y mi animo es convencer vuestro espiritu, y no adular la vanidad de qualquiera que sea. Digo, pues, que el medio de adquirir la estimacion del Mundo es despreciarla; es el perseverar en la piedad, à pesar de sus acusaciones, sus murmuraciones, y sus satyras. Sea vuestra conversion firme, y constante, sea vuestra vida arreglada, y uniforme, y yo os prometo, que aquellos mismos que os vituperaban quando vuestra mudanza les era sospechosa, os alabarán quando vuestra perseverancia les huviere convencido de la sinceridad, y de la fidelidad de vuestra devocion; tal es la fuerza de la virtud; ella imprime el respeto aun en el corazon de sus mismos enemigos, quando se la reconoce por verdadera; si se burlan de ella, no es sino quando hay alguna desconfianza, pero llega à ser venerable luego que es experimentada; semejante al Sol, que luego que ha llegado à cierto grado de luz, y de resplandor, no hay tinieblas que no ilumine, nubes que no disipe, ojos, y corazones que no atrayga; la experiencia nos lo hace ver todos los dias; un hombre que se convierte con alguna distincion, halla oposiciones de parte de los pecadores, quando practica buenas obras; pero si vence su resistencia por su firmeza, y por su valor; los que no hubieren podido corromperle, se verán obligados à admirarle, y como decian antes, el despecho, el capricho, la melancolía, y la necesidad de sus negocios es lo que le ha reducido à ser devoto. ¿Pero es su conversion de buena fé? ¿Permanece firme, y por mucho tiempo? Pues ellos se verán obligados à decir viendo su perseverancia, este verdaderamente es hombre de bien, es un Santo; ¡y dichosos aquellos à quienes Dios hace semejantes gracias! (a)

Pero aun quando las contradicciones durasen toda la vida, ¿es conducente avergonzarse, ó escandalizarse de Jesu-Christo? Escribiendo San Pablo à los Romanos, protesta que está pronto à anunciarles la Religion de Jesu-Christo,

Tom. 5.

K

Y

(a) August. Serm. 18. De verb. Domini.

y que no se avergüenza de su Evangelio: *Non enim erubesco Evangelium.* (a) Hablaba, pues, dice San Chrysostomo, (b) à un pueblo orgulloso, que solo estimaba el fausto, y las grandezas, y que igualaba sus Principes con los Dioses, dandoles tambien Templos, Altares, y Sacrificios. Predicaba à Jesu-Christo crucificado en quien no se havia visto nada brillante, y magnifico segun el Mundo, y que además de esto havia muerto como un delincente. No obstante, nada le espanta à esta heroyca alma; ni la tierra, ni el mar, ni las emboscadas, ni las trayciones, nada le detiene, anuncia un Dios humilde en la Capital del Mundo, en la Corte de un Emperador sobervio, y cruel. Pero nosotros ni aun nos atrevemos à practicar algunas virtudes christianas delante de los Christianos, ni à dar testimonio alguno publico de nuestra fé, delante de aquellos mismos que la profesan como nosotros. Qué debemos, pues, esperar, sino que Jesu-Christo executará sobre nosotros aquella terrible amenaza que fulmina, de que renunciará delante de su Padre, que está en el Cielo, à qualquiera que le huviere renunciado delante de los hombres: *Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo & ego eum coram Patre meo, qui in Caelis est.* (c)

Quando en tiempo de los Dioclecianos, y de los Neronos arrestado un Christiano delante de sus Tribunales iba à responder de su fé, y quando viendo al rededor de sí de la una parte un furioso Tyrano, é inhumanos verdugos, el uno pronto à pronunciar la sentencia, y los otros à executarla; de la otra planchas ardiendo, y encendidos hierros; arroyos de sangre que aun estaban corriendo, y un monton de cuerpos desgarrados por la misma causa, consultaba su corazon, y su fé; si el terrible aparato del suplicio, y la horrorosa imagen de la muerte hacia titubear su valor; si su tremula mano dejaba caer casi contra su voluntad algunos gra-

(a) Rom. I. v. 16.

(b) Chrysostom. ibid.

(c) Matth. 10. v. 33.

granos de profano incienso al pie de un Idolo; aunque el corazon huviese desaprobado el delito al mismo tiempo que lo hacia su mano; aunque huviese guardado en su conciencia la fidelidad que la debilidad de la naturaleza, y el temor de los tormentos le havian hecho perder exteriormente; la Iglesia le miraba con horror, y aun quando pedia perdón, lo remitía al Tyrano para dar pruebas de su arrepentimiento, y para lavar con toda su sangre la cobardía que havia cometido. ¿Pues qué merecerán aquellos, que temiendo solo una palabra, ó un desprecio, ahogan todos los buenos propositos que han formado, y no se atreven à hacer publica profesion de la humildad, ó de la paciencia de Jesu-Christo? ¡Qué injusticia! Sirvese al Mundo descaradamente sin temer los juicios de Dios; y si se quiere servir à Dios, se temen hasta los menores discursos de los hombres; por satisfacer à sus pasiones se arriesga su reputacion, y se expone hasta su misma eterna salud; y si se trata de satisfacer à Dios, à quien se ha ofendido, se contienen por un falso pudor, y por unas cobardes timideces.

O vosotros, que tocados del dolor de vuestra vida pasada, comenzais à acudir à Jesu-Christo, imitad, dice San Agustín, à aquel ciego del Evangelio: (a) él pedia en alta voz su cura: el pueblo procuraba contenerle, y hacerle callar, pero él gritaba mas, y mas: *Ipse vero multo magis clamabat: Jesu, Fili David, miserere mei.* (b) Para enseñaros que es necesario redoblar vuestro valor à medida que se aumenta la contradiccion, continuad diciendo al Hijo de Dios: Tened compasion de mí: decios à vosotros mismos, ¿qual vale mas, desagradar à Dios, ó à los hombres? Decid al Mundo que os insulta: ¿qué hallais que os ofenda en mi conversion? Quando yo vivia sin algun sentimiento de Dios, y quando no era Christiano sino de nombre, nadie se quejaba de los desordenes de mi vida; desde que me ha

he-

(a) Augult. Serm. 18. *De Verb. Domini.*

(b) Lucæ 18. v. 38. y 39.

hecho la gracia de convertirme, y que procuro reparar las injurias que le he hecho, me tienen por extravagante, é insoportable: ¿por qué no me acusaban entonces? ¿Por qué me acusan ahora? ¿Era yo inocente quando era tan criminal? ¿He venido yo á ser culpable quando quiero dejar de serlo? Tan grandes eran mis pecados, y nadie cuidaba de corregirme, ni de reprehenderme. Mi penitencia es tan pequeña, y se la mira tan excesiva; escandalizanse de la una, y no se escandalizan de los otros; han oído mis murmuraciones, han visto mi ambicion, han conocido mi avaricia, y el Mundo no ha dicho nada. Hago oracion, tengo retiro, doy limosna, y el Mundo se ofende. Asi es, Señores, como se fortifica uno contra las murmuraciones del siglo, de este modo es como se sale del numero de los cobardes Christianos, que se escandalizan de la Religion de Jesu-Christo: restanos combatir á los que se escandalizan de su cruz, y de sus sufrimientos, de lo qual diremos algo en esta tercera parte.

PUNTO TERCERO.

Nada ha retirado tanto á los Judíos de la fé, y de la confianza que debian tener en Jesu-Christo, como la ignominia de su Cruz, y de sus sufrimientos: ellos no han podido persuadirse á que aquel, á quien han crucificado, fuese el Autor de la vida, y le dixerón al pie de la Cruz insultandole: *Si es el Rey de Israel, que baje ahora al punto de la Cruz, y creéremos en él*: (a) pone toda su confianza en Dios; pues si Dios le ama, que le libre, pues dixo: Yo soy el Hijo de Dios, en lo qual se engañaban groseramente, dice Tertuliano, (b) debian creer todo lo contrario: Si es Dios, decian ellos, él se defenderá; y al contrario, esto lo hacemos porque es Dios, que no

(a) Matth. 27. v. 42. (c) Tertul. de Pat. c. 3.

se defiende, ni quiere defenderse; el que se ha dignado ocultarse por nuestra eterna salud bajo la forma de hombre, no ha querido tomar la impaciencia del hombre; es ultrajado, desgarrado á azotes, coronado de espinas, muere en la Cruz, y todo lo sufre en silencio; en esto mismo era facil el conocerle. El orgullo del hombre era incapaz de esta dulzura, y era necesario ser Dios para sufrir con tanta humildad, y paciencia, este discurso es convincente.

Gracias á la misericordia del Señor, que nosotros damos á su Cruz el honor que la debemos, nos glorificamos en ella como el Apóstol, porque es el instrumento de nuestra salvacion, y de nuestra felicidad eterna; la miramos como á aquel Trono de que se habla en el Apocalypsis, en que Jesu-Christo estando sentado ha hecho nuevas todas las cosas; poniendo la verdad en lugar de las figuras, y haciendo superabundar la gracia en donde havia abundado el pecado; reconocemos que las humillaciones, y los sufrimientos del Hijo de Dios han sido señales preciosas de su amor para con los hombres; y viendo por medio de su anonadamiento los rayos de una grandeza, y de una sabiduría infinita, adoramos los Mysterios de su Pasion, porque nos ha sido util, y porque nos era necesaria.

Pero aquellos mismos que se glorifican en Jesu-Christo se escandalizan en sí mismos viviendo una vida mole, y sensual; se escandalizan en los buenos considerandolos como malditos de Dios, y anegados en una tristeza continua, sin reposo, y sin consolacion en este Mundo; y á lo mas mas, como infelices voluntarios, que por melancolía se prohíben los placeres presentes por unas esperanzas futuras, y gimiendo bajo el pesado yugo de la ley, y del temor de Dios, arrastran sus cruces en la tristeza, y quando mas en paciencia, enemigos de su propria alegria, y de la agena, esclavos de Jesu-Christo crucificado, y muchas veces homicidas de sí mismos por austeridades excesivas. Ve aqui, Señores, la idea que se forman los hombres delicados, y sensuales de los que viven christianamente; esta vida les causa horror, y se creen felices por hallarse en las prosperidades, y en las delicias del siglo.

¿Que no tenga yo lugar de desengañar á los que pudieran hallarse aquí imbuidos de este error? Yo les diria con la autoridad que dá la palabra de Dios, lo que en otro tiempo decia un Propheta criado en la Corte del Rey de Judá: *Non est gaudere impiis, dicit Dominus: (a)* No hay verdadera alegría para los impíos, que den toda la extension que quieran á sus pasiones, que se pongan si pueden sobre las leyes, y que no tengan mas justicia, ni mas razon que su voluntad, y su libertinage, que se formen un estado, y un arte del deleyte, y que nada reusen á sus sentidos; Dios es quien lo dice, no yo, jamás pueden estar contentos, y si lo están, no hay mayor desgracia que no conocer que es uno desgraciado, y no saber que una falsa felicidad es una verdadera miseria. Al contrario, el Apostol nos enseña que los Justos parecen tristes, pero que tienen en el corazon una paz solida, y una alegría continua, que es inseparable de la justicia: *Quasi tristes, semper autem gaudentes. (b)* La penitencia, el retiro, las oraciones, los ayunos, la mortificacion, el recogimiento, la pobreza voluntaria, todas estas virtudes, y estos ejercicios de la piedad christiana, no les quitan aquella modestia, y aquella atencion que parece tristeza; pero esparcen en su alma una alegría interior, y secreta, de la qual no quisieran perder ni un solo dia por un siglo de felicidad sensual.

Comparemos, pues, Señores, sin preocupacion, el estado de uno de estos Christianos con el de un hombre del Mundo: el uno pone su confianza en Dios solo, en quien no hay ni mudanza, ni vicisitud; el otro la pone en los bienes pasajeros, que una continua revolucion de fortuna le dá, y le quita; el uno se establece un solido reposo, sujetando sus pasiones, y posee su alma como un país conquistado, cuyos habitantes ha reducido á vivir en paz; el otro siempre está agitado: ¡qué de deseos! ¡Qué de esperanzas! Qué de

(a) Isai. c. 48. v. 22. & c. 57. v. 21.

(b) 2. Cor. 6. v. 10.

de temores! ¡qué de zelos! ¡qué de intereses, y qué de remordimientos no despedazan su alma! El uno halla su felicidad en sí mismo: el conocimiento de la verdad, la integridad de su conciencia, las gracias que recibe de Dios, y los servicios que le hace, le colman de consolaciones espirituales; y el mismo desprecio de los placeres le es el pccer mas sensible; el otro no tiene felicidad sino fuera de sí mismo; necesita de diversiones, de espectaculos, y aun estos es preciso que sean tumultuosos, y aun muchas veces variados, no sea que le molesten.

Yo bien sé que tienen sus trabajos uno, y otro, y que hay tambien cruces tanto para los sequaces del mundo, como para los Discipulos de Jesu-Christo; (a) pero con esta diferencia, que los unos sufren como malhechores, los otros como Martyres; aquellos abandonados á sí mismos, sienten todo el peso de su Cruz; estos no sienten ni la mitad, pues no recae todo el peso sobre ellos. Porque Jesu-Christo, que habita, y sufre en ellos, él mismo lleva una parte, y su gracia que los sostiene suaviza todos los disgustos, y hace al yugo, si no agradable, y dulce, á lo menos ligero, y tolerable. La primera razon es, porque sus penas son voluntarias: quitanselos sus bienes, pero ellos mismos estaban prontos á darlos. Persigueselos por la Justicia, pero esto es para ellos una de las bienaventuranzas del Evangelio. Pierden lo mas amable, que tenían en su familia, pero todos los dias lo ofrecen á Dios, y le hacen de ello un sacrificio en sus oraciones. Lo segundo, aman á Dios y nada de quanto hacen por él les parece difícil. La caridad suaviza todo lo que el trabajo puede tener de aspero; asistir á los pobres, consolar á los affigidos, defender á los debiles; renunciar los honores, los placeres, y á sí mismo; ceder á los unos, perdonar á los otros, ser util á todos, estas serian fatigas insoportables á unas almas tibias: y son las delicias de las almas fieles, y fervorosas. Lo tercero hallan socorros, y asilos en las gracias

que

(a) S. Bernardo.

que han recibido de Dios, y en el habito de las virtudes que han practicado; y así como quando el corazon se halla en alguna opresion violenta, toda la sangre corre á su favor para que no cayga en desmayo, ni desfallezca; del mismo modo quando el alma de un hombre justo se halla en alguna urgente afficcion, toda su fuerza se recoge, y todas sus virtudes se juntan. La fê le hacer conocer quales son los verdaderos bienes, y los verdaderos males: la esperanza suaviza sus penas, representandole las recompensas eternas; la caridad le hace adorar la mano de Dios aun quando le mortifica: la humildad le persuade, que no hay castigo que no merezca, la obediencia le sujeta, la paciencia le consueta, y Jesu-Christo le fortifica. Pero los malos se hallan sin apoyo, y sin asistencia en sus trabajos; son humillados, dice San Bernardo, (a) y no tienen humildad: sufren, y no están acostumbrados á la paciencia, las disposiciones de Dios les parecen duras, porque no tienen sumision, ni obediencia: sus cruces les son insupportables, porque no tienen ellas la uncion necesaria; en fin, no ven sino la desgracia, ó el dolor que los agovia: y el fuego de la tribulacion que afina, y purifica á los justos, como metales preciosos, derrite, y consume á los mundanos como metales impuros, y groseros.

Se escandalizan de las cruces, y de los sufrimientos de Jesu-Christo, y no se cansan de las del mundo, vencen todos los obstaculos quando se trata de satisfacer sus pasiones, y la menor dificultad los detiene, quando es necesario combatir las, el yugo de la codicia les parece suave, y el de Jesu-Christo les es insufrible. Haced, Señor, haced caer de sus ojos la venda que los ciega; mudad estos infelices martyres del mundo en victimas de la penitencia, arrojad una porcion de vuestra Cruz en esas amargas aguas del siglo, que santifiquen sus penas, y mezclad una gota de vuestro caliz en la amargura de sus sufrimientos, hacedles merecer el torrente de alegría con que emlagais á vuestros escogidos en el Cielo, que yo os deseo, &c.

SER-

Bernardo ubi supra.

SERMON PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO:

PREDICADO DELANTE DEL REY
en la Capilla de San Germán.

Miserunt Judæi ab Hierosolymis Sacerdotes, & Levitas ad Joannem, ut interrogarent eum, tu quis es? Et confessus est, & non negavit, & confessus est, quia non sum ego Christus.

Embiaron los Judios desde Jerusalèn, Sacerdotes, y Levitas para preguntarle á Juan, quien era? Confesó, y no lo negó, y dixo, yo no soy Christo. S. Juan cap. 1. v. 19. y 20.



Quando yo me represento sobre las riberas desiertas del Jordan, de la una parte á unos Sacerdotes, y Levitas cargados de votos, y de sufragios de todo un pueblo, y prontos á decidir el mas importante punto de la Religion, echarse á los pies del Precursor de Jesu-Christo, y decirle con

un ayre alhagueño, y devoto al mismo tiempo: *Eres tu Christo? ¿Eres á lo menos un Profeta? ¿Es necesario ado-*

Tom. 5.

L

rar.